



Papá lo ignoraba sin pasión ni encono, amablemente se podría decir incluso o esa era al menos la impresión que daba, o la que le daba en concreto a Obsidiana cuando al entrar cada mañana en el pequeño habitáculo provista de su fregona y su zotal le dedicaba él, Ciriaquito, una sonrisa absorta y la invitaba a deleitarse con la contemplación de tal o cual nemoptérido; goce que Obsidiana solía rehusar con aspavientos exagerados y protestas bastante más ásperas de lo que estaría correspondiendo en puridad a una fámula de las de toda la vida, a cualquiera de la infinidad de criadas que habrían hecho por qué no un papel buenísimo pero Genoveva rechazó bajo pretextos tan pueriles como que cuando papá dijese "nemoptérido" no iban a saber ellas adonde exactamente tenían que mirar o que, en caso de acertar ya que entre las candidatas había algunas que habían sacado sobresaliente en ciencias naturales, se pusieran completamente histéricas y a pegar saltos y proferir gritos.

Pero temerosa esta vez de que volviera **Hubo quien** a tergiversar sus palabras sin quererlo, no dijo tanto sino que después de lo de las pastillas de siempre se calló, como siempre, porque papá tenía razón — dijo — y «esto es nada más el principio» de modo que no convenía quemarse y sí hacer acopio de energía para ir cubriendo las etapas que el propio camino fuese deparando.